

M.^a Angustias Parejo Fernández (coord.)

**Entre el autoritarismo
y la democracia**
Los procesos electorales en el Magreb

edicions bellaterra

1

Terrorismo yihadista y procesos electorales en el mundo musulmán: repercusiones para el Magreb

Manuel R. Torres Soriano

Introducción

La evolución política de los países que integran la región del Magreb se halla sometida a la interacción de una amplísima variedad de factores de todo tipo, entre los que se encuentra la actividad de las organizaciones terroristas que operan en esta zona. A pesar de que la amenaza terrorista ha sido una constante en la historia reciente de estos países, ha sido en los últimos años cuando ha empezado a contemplarse la presencia del terrorismo yihadista como una clave fundamental para entender los posibles derroteros políticos de la región. De hecho, a pesar del extremismo y la crueldad de que hacen gala este tipo de organizaciones, no dejan de ser uno de los diversos actores que pugnan por el poder político, al igual que lo hacen otro tipo de organizaciones y movimientos que emplean formas «convencionales» o socialmente aceptadas de activismo político. Por tanto, cualquier tipo de análisis de situación, debe tener muy presente la fortaleza, objetivos y estrategias empleadas por estas organizaciones.

Uno de los más nuevos y destacados acontecimientos políticos del Magreb, ha sido la sucesiva celebración de consultas electorales durante estos últimos años. Estos comicios, a pesar de todas sus imperfecciones, han sido considerados un posible factor propiciador del cambio y de la modernización política y social de la zona.¹ Sin embargo, un correcto entendimiento del poder transformador de estos procesos exige conocer la perspectiva de la ideología yihadista sobre los mismos, debido a su inevitable capacidad para incidir en el normal desarrollo de estas consultas.

El propósito de este capítulo es contribuir al conocimiento de una de las principales variables de esta ecuación, describiendo de manera sintética la visión del terrorismo yihadista sobre los procesos electorales, y las posibles consecuencias que se derivan para el futuro político del Magreb. Para ello acudiremos al análisis de contenido de algunos de los principales textos propagandísticos y doctrinales yihadistas, donde es posible encontrar el posicionamiento real de estos grupos en boca de sus principales líderes e ideólogos.

La ideología yihadista y el poder político

Durante la segunda mitad del siglo xx fue tomando cuerpo una corriente doctrinal que justificaba religiosamente el empleo de la violencia con el fin de restablecer la gloria del islam y derrotar a los considerados enemigos de la religión. Los principales teóricos contemporáneos del yihadismo han sido personas de formación teológica no tradicional, que elaboraron un discurso político-religioso al que añadieron elementos de ideologías seculares caracterizadas por la movilización de las masas (Jordán, 2004). La suma de todas estas aportaciones individuales creó el caldo de cultivo en el cual bebe el terrorismo yihadista y que encuentra en el literalismo teológico y el antioccidentalismo cultural sus principales señas de identidad.

Los objetivos últimos del terrorismo yihadista están compuestos por una mezcla de metas de carácter político y religioso, las cuales encuentran numerosos puntos de coincidencia con otros actores no necesariamente violentos del mundo arabo-musulmán. En este discurso existe una base de contenido estrictamente espiritual que bebe doctrinalmente del salafismo² más radical y, en coherencia con esta lectura del islam, pretende llevar a cabo un verdadero programa de purificación religiosa del individuo y la sociedad musulmana. Según esto, el origen de las desventuras sufridas por el mundo islámico se halla en la desviación religiosa de gran parte de la comunidad de creyentes. El islam habría sido degradado por numerosos influjos ajenos a esta religión, los cuales han tenido como principal propósito pervertir estas creencias y alejar a sus fieles de Dios y sus mandatos. La vuelta sincera a los orígenes, a las verdaderas entrañas de la religión, se convierte en un requisito imprescindible para poder acometer cualquier otra empresa. Sólo a través de una profunda transformación interior, que los devuelvan a la pureza espiritual, podrán los musulmanes hacer frente a

sus enemigos e imponer el gobierno de Alá en la tierra. Así, por ejemplo, esta es una de las principales indicaciones que realiza Osama Bin Laden a sus seguidores para resultar victoriosos en su confrontación con el enemigo:

La primera cosa que debemos hacer es retornar sinceramente a Alá, arrepentirnos honradamente ante él, ser sinceros en nuestro trabajo y honestos en nuestras intenciones, centrándonos únicamente en la verdad, haciendo juicios en acuerdo con la sharía en todos los aspectos de nuestro trabajo y nuestra conducta, en los asuntos más pequeños y en los más grandes. Debemos admitir que la opresión que sufrimos por parte de nuestro enemigo, la hemos originado nosotros mismos.³

Este ambicioso proceso de purificación requiere una firme y sabia dirección. Sin embargo, para los ideólogos del yihadismo, la *umma* (comunidad de los musulmanes) ha venido sufriendo desde hace tiempo un pernicioso adoctrinamiento religioso, que no ha tenido otro propósito que de apartar a los creyentes de la verdadera palabra de Dios. Según al-Qaida, los gobernantes del mundo musulmán, auténticos apóstatas y adoradores de falsos ídolos, se han encargado durante un largo tiempo de silenciar a las verdaderas voces del islam, auspiciando a aquellos guías religiosos con los que podrían conseguir mantener adormecida a la comunidad religiosa, alejándola de sus obligaciones:

Ustedes, nuestros clérigos, se reconciliaron con los tiranos y entregaron la tierra y el pueblo a los judíos y a las cruzadas (...) permanecieron en silencio acerca de sus crímenes, temieron predicarles la verdad y no tuvieron éxito en llevar el estandarte del yihad y el monoteísmo... Ustedes nos abandonaron en la más difícil de las circunstancias y nos entregaron a nuestro enemigo...⁴

Sin embargo, para el movimiento yihadista, la comunidad de estudiosos del islam no sólo está compuesta por «loros de púlpito» encargados de legitimar los pecados y atrocidades de aquellos gobernantes a quienes deben el sueldo, sino que también existe una valeroso grupo de verdaderos dirigentes religiosos que han sufrido la persecución y el encarcelamiento por asumir su verdadero papel. Para Bin Laden y sus seguidores, el criterio para identificar a estos genuinos guías es fácil: todos ellos apoyan el yihad contra «cruzados y judíos», y todos ellos son partidarios de la lucha que esta llevando a cabo organizaciones como al-Qaida.

En estrecha unión con estas metas de carácter religioso, encontramos las aspiraciones de naturaleza política. El objetivo estratégico y último del movimiento yihadista consiste en el establecimiento de regímenes islamistas en todos los países musulmanes, logrando así la unión de todos los creyentes en una única comunidad política, es decir, la reinstauración del califato. Estas eran las palabras de Bin Laden unas semanas después de los atentados del 11 de septiembre de 2001:

Nuestro afán consiste en que esta comunidad se una bajo las palabras del libro de Dios y de su Profeta, y que se llegue al establecimiento del califa legítimo de la comunidad, el cual ha sido anunciado por nuestro Profeta.⁵

Esta propuesta entronca con una importantísima seña de identidad de la visión musulmana del poder y la política. Como ha señalado Bernard Lewis (2004, pp. 11, 55 y 80), en el islam primigenio no existía la idea de la existencia de dos poderes, sino sólo uno que englobaba lo político y lo religioso. Por lo tanto, la cuestión de la separación entre «Iglesia y Estado» sólo se plantea como consecuencia del influjo occidental en el mundo arabo-musulmán. La función principal del gobierno es conseguir que todo creyente musulmán lleve una vida recta y piadosa. Precisamente en el propósito de «alentar el bien y combatir el mal», es donde el estado encuentra su legitimación y razón de ser. La autoridad que despliegue el entramado político sobre los musulmanes viene, por tanto, amparada por un mandato divino que exige una finalidad moral y religiosa al ejercicio del poder.

Desde esta perspectiva, resulta lógico que al frente de esa comunidad se sitúe un califa, en calidad de vicario o sucesor del Profeta, encargado de la custodia de la herencia moral y del legítimo gobierno musulmán. Determinados avatares históricos han imposibilitado desde hace siglos la existencia de una realidad político-religiosa como la profundamente deseada por el islamismo político. Sin embargo, sí que ha permanecido a lo largo del tiempo un «poso» entre gran parte de la población del mundo árabe, que contempla con simpatía la permanencia de una cierta misión espiritual dentro de los cometidos de cualquier gobernante. La religión continúa siendo una importantísima fuente de legitimación de la política musulmana, y en ese sentido algunos dictadores seculares no han dudado en adoptar en determinados momentos difíciles para su supervivencia política, las «vestimentas» de la religión, con objeto de obtener una dosis extra de legitimidad entre su población.

La propuesta de este movimiento terrorista implica una profunda transformación del mapa político del mundo arabo musulmán, ya que exige la desaparición de la totalidad de los actuales regímenes políticos y la redefinición de las fronteras de estos países. A lo largo de su más de una década de intervenciones públicas la organización terrorista al-Qaida ha negado la legitimidad de todos los regimenes políticos que gobiernan a musulmanes, a excepción de la etapa de gobierno talibán en Afganistán.⁶ El resto de países, según la ideología yihadista, han eludido el cumplimiento de la ley de Dios y eso los incapacita para seguir ejerciendo el poder sobre los creyentes. Refiriéndose al rey Fahd de Arabia Saudí, Osama Bin Laden no dudaba en afirmar a mediados de los noventa:

Has forzado a la gente a ser gobernada por leyes hechas por los hombres en total oposición a los principios de Dios. Alá es el único legislador. Has tomado a los infieles como aliados y los has protegido contra los musulmanes. Estas violaciones claramente te convierten en un apóstata, haciendo tu régimen ilegítimo y merecedor de ser derrocado.⁷

Entre las principales fuentes de la apostasía que recorre el mapa político del islam se halla el que estos gobernantes (auténticos adoradores de ídolos según la visión de Bin Laden) han pretendido «suplantar» la voluntad divina como único legislador y soberano válido, al promulgar «leyes hechas por hombres». Al mismo tiempo que han consentido el influjo pernicioso y han establecido alianzas con los «enemigos» del islam: Israel, Rusia, Estados Unidos y el resto de países occidentales.

Para los yihadistas, la instauración efectiva de la ley religiosa (sharía) es condición suficiente para el logro de la felicidad, la virtud y el bienestar de la población. Se trata, pues, de un objetivo idealizado, de cuyo logro dependerá en última instancia la resolución de los demás problemas que aquejan a la comunidad. Hablamos, por tanto, de un programa ambicioso pero muy simple, el cual carece de cualquier tipo de concreción en medidas de carácter político, social y económico. Para los ideólogos de al-Qaida es de estricta lógica que todos los problemas que afectan a los musulmanes desaparezcan una vez que *umma* se someta al gobierno efectivo de la ley divina. La ideología «alqaidiana» contiene, por tanto, un marcado contenido utópico que contempla como factible la existencia de un paraíso terrenal una vez que se haya logrado el imperio del islam en todos los confines del planeta.

La revolución política que este movimiento pretende alcanzar no se circunscribe únicamente a «quienes», y bajo que normas se debe ejercer el poder en los países musulmanes. Según esta visión, las actuales fronteras que separan a los distintos países donde habitan musulmanes, son divisiones ficticias creadas por occidente con objeto de debilitar a la comunidad de creyentes. Desde que el mundo musulmán perdió su deseable unidad califal, sus enemigos han encontrado en la fragmentación de la *umma* una de sus instrumentos más efectivos a la hora de evitar el resurgimiento islámico. En este sentido, el imperialismo occidental y judío se ha encargado a lo largo de la historia de fabricar unas supuestas naciones musulmanas y fomentar unas élites locales nacionalistas, cuyo objeto último eran servir a los intereses de dominación de los enemigos de la «verdadera religión»:

Los estados de la nación [árabe]... son un modelo occidental que Occidente creó para permitirles construir su plan colonialista general para el oriente islámico. Estos países no tienen ninguna fundación religiosa, y ni tienen derecho a existir ni tienen una base popular. Se impusieron a los pueblos musulmanes, y su supervivencia está unida a las fuerzas occidentales que los crearon (...). Derrotar a las cruzadas (...) significa, simplemente, la eliminación de toda forma de estado-nación, para que lo que quede sea existencia natural familiar al islam: la entidad regional bajo el gran estado islámico.⁸

El punto de fricción de la ideología yihadista con respecto a las fuerzas islamistas que pugnan por el poder político en el mundo musulmán, no se halla únicamente en el uso, o no, de la violencia terrorista como instrumento legítimo para alcanzar estas metas, sino también en la perspectiva temporal y en la incapacidad yihadista para transigir (aunque sea circunstancialmente) en algunas de sus aspiraciones. Así, por ejemplo, resulta más que significativa la comparación con la organización Hermanos Musulmanes fundada por el egipcio Hasan al-Banna en 1928. Un buen número de los actuales militantes e ideólogos de los grupos yihadistas han pasado por las filas de este movimiento islamista, siendo múltiples las coincidencias que existen entre ambas organizaciones con respecto a su visión sobre el futuro deseado para el mundo musulmán. Así, por ejemplo, en un escrito de al-Banna de los años cuarenta titulado «Sobre la doctrina de los Hermanos Musulmanes» se puede encontrar el siguiente decálogo de actuación de este movimiento:

1. Creemos que las doctrinas y enseñanzas del islam lo abarcan todo y gobiernan los asuntos de los hombres en este mundo y en el siguiente. Aquellos que creen que estas doctrinas y enseñanzas sólo son aplicables sólo a los asuntos espirituales y al culto religioso están equivocados, el islam es a la vez...religión y Estado, espíritu y trabajo, el libro sagrado y la espada...3. (...) Los Hermanos Musulmanes no demandan el poder para ellos mismos; si ellos encuentran a alguien capaz de acarrear esta carga y satisfaga la confianza en el gobierno de acuerdo con un programa basado en el islam y el Corán, entonces ellos serán sus soldados, partidarios, y ayudantes. Pero si ellos no encuentran dicho hombre, entonces el poder está incluido en su programa (...) (Rubin & Rubin, 2002, pp. 27-28).

Si bien los Hermanos Musulmanes contemplaron en sus inicios la subversión violenta como una posible vía de acceso al poder, los repetidos fracasos y la brutal represión sufrida, les llevó a enfocar su proyecto político-religioso como una realización en el largo plazo, lo cual exigirá como requisito previo una ardua labor de proselitismo y transformación religiosa de estas sociedades. Se trata por tanto de una aproximación de «abajo hacia arriba». Para los grupos yihadistas la gravedad de la actual situación en estos países hace impensable la búsqueda del poder como una estrategia progresiva que sólo rendirá frutos en el largo plazo. Los yihadistas están convencidos de que el mundo musulmán está siendo víctima de una nueva y más cruenta «cruzada» destinada a erradicar la religión, oprimiendo y expoliando a sus gentes. Esta agresión no sólo legitima un uso sin restricciones de la fuerza, sino que convierte en urgente la necesidad de revertir la situación ante la pérdida continua de las vidas y la riquezas de la comunidad musulmana. Hacer frente a esta amenaza limitándose únicamente a una acción de prédica y lenta transformación de estas sociedades puede convertirse en contraproducente, ya que los regímenes políticos del mundo musulmán se hallan controlados por «apóstatas», que actúan como emisarios de la «conspiración cristiano-sionista», de ahí que el resurgir islámico que ponga fin a esta grave situación no se puede producir únicamente por medios pacíficos. Por un lado, existe una violenta beligerancia de estos gobiernos hacia los movimientos islamistas, manteniéndolos a un nivel fácilmente controlable y desactivando su potencial desestabilizador. Pero por otro lado, también existe un plan de acción mucho más sutil, cuyo objeto es neutralizar el mensaje islamista, extendiendo la corrupción moral a través de los medios de comunicación, la educación, e incluso las mezquitas controladas por el poder político.

Sin embargo, movimientos políticos como los Hermanos Musulmanes (HM), muchos menos proclives a una interpretación tan catastrofista de la situación del mundo musulmán, se han mostrado mucho más posibilistas y, dependiendo del contexto de cada país, han estado dispuestos a llegar acuerdos y incluso a integrarse en el sistema político, bien formando parte del gobierno, o presentando sus candidaturas a los diferentes procesos electorales. Aunque los HM aborrecen la tibieza de los objetivos religiosos de la mayoría de estos regímenes, como consecuencia de su estrategia posibilista se han mostrado partidarios de llegar a algún tipo de acuerdo, percibiendo la utilidad de ir extendiendo progresivamente sus redes, no sólo a través de la prestación directa de servicios asistenciales y educativos (Burgat, 1996, pp. 95-96), sino también, a través de la gestión de cada vez más parcelas del poder político. Se trata de una acción que alienta una transformación islamista (lenta pero ininterrumpida) de la sociedad y las instituciones. Así, por ejemplo, no han tenido problemas para presentarse a las elecciones en países como Egipto y Jordania, a pesar de que conocían de antemano que el régimen manipularía el proceso electoral para reducir la representación real de estas candidaturas (Rubin, 2007).

Los grupos yihadistas rechazan esta integración en las instituciones, no sólo por su sentido de urgencia, sino por la intransigencia con la que abordan la naturaleza de estos regímenes. Su calificación de los mismos como apóstatas no es sólo un mero recurso retórico, sino que es expresión de su percepción de la naturaleza intrínsecamente pecaminosa y contraria a la voluntad divina de estos gobernantes. Ante los ojos yihadistas (y de buena parte del islam), un apóstata es aún peor que un no creyente, pues este último no ha conocido la verdad del islam, por lo que siempre cabe la posibilidad de su conversión. En cambio, un apóstata, es alguien que a pesar de haber alcanzado la «verdadera luz», ha renegado de Dios; por tanto, la gravedad de su pecado es aún mayor. De ahí que el único tratamiento hacia los mismos sea la muerte. Los yihadistas están de acuerdo con este criterio, de modo que hacia ellos no cabe otra actitud que el enfrentamiento abierto hasta su destrucción.

Este contraste de estrategias se aprecia nítidamente en el caso iraquí. Mientras que el influyente ideólogo de los Hermanos Musulmanes, el jeque al-Qaradawi, ha animado a tomar parte en estas elecciones debido a la posibilidad real de que las candidaturas islamistas fuesen las más votadas, el líder de al-Qaida en Irak, Abu Musab al-Zarqawi amenazaba con matar a todos los que acudiesen a votar:

La democracia está basada en el principio de la libertad de religión y creencias. Bajo la democracia un hombre puede creer cualquier cosa, elegir cualquier religión y convertirse a la religión que él desee, incluso si esta apostasía significa abandonar la religión de Alá. Este es un asunto patentemente perverso y falso, y contradice específicamente algunos textos legales, ya que de acuerdo con el islam, si un musulmán pasa del islam a la herejía, debe ser ejecutado (...). Los experimentos democráticos han tenido consecuencias perjudiciales para los musulmanes, causando debilidad, controversia, división, y conflicto; a pesar de ello, mucha gente sigue admirando la democracia y defendiéndola como si ellos fuesen sus propios creadores y propietarios; sus corazones están imbuidos del amor a la democracia al igual que los hijos de Israel están impregnados por el amor al becerro de oro.⁹

Democracia y elecciones según al-Qaida

El rechazo yihadista a las denominadas «leyes hechas por hombres», conduce inevitablemente a una oposición frontal a cualquier tipo de proceso electoral de base popular, o forma de gobierno inspirada en algún principio democrático. En primer lugar, existe una oposición a cualquier tipo de organismo que reclame para sí algún tipo de competencia legislativa. Como hemos señalado anteriormente, para el salafismo yihadista, Dios es el único legislador posible; esta competencia ha sido desarrollada de manera totalizadora a través del Corán, donde existen previsiones para regular cualquier tipo de circunstancia personal, social y política. Ese mismo rechazo se extiende a cualquier otro tipo de órgano de naturaleza representativa. La voluntad popular es irrelevante en la conducción de los asuntos políticos y sociales. Sólo cabe una posible conducta y estado de opinión por parte de un «verdadero» musulmán: aquella que se adecua estrictamente a los preceptos islámicos. Articular un mecanismo de representación de la voluntad popular es una reiteración innecesaria en la medida en que esta puede ser trasladada directamente a las instituciones políticas a través de los estudiosos de la ley divina, los únicos verdaderamente capacitados intelectualmente para cumplir esta misión. Cualquier otra voluntad que se aparte de lo establecido por Dios, carece de legitimidad moral y por tanto debe ser perseguida y castigada.

Por otro lado, en esta posición yihadista, late el deseo por extirpar cualquier tipo de influjo cultural y político ajeno a lo que ellos consideran la verdadera tradición islámica. La retórica democrática y sus

posibles plasmaciones se consideran un intento del occidente cristiano y judío para «contaminar» el islam y sus verdaderas raíces, apartando de ese a modo a la *umma* del plan divino.

Paradójicamente, la forma democrática de gobierno es también utilizada por el terrorismo yihadista como argumento para justificar las muertes indiscriminadas que causan sus atentados. Si son los ciudadanos los responsables últimos de la elección de los gobiernos que agraden al islam y sus gentes, existe una transferencia colectiva de culpabilidad en la medida que las acciones de sus gobernantes son una mera extensión de la voluntad de los gobernados. Así lo expresaba Bin Laden en una carta de 2002 dirigida a la sociedad norteamericana:

El pueblo estadounidense escoge libremente a su gobierno; una elección que emana del acuerdo con sus políticas. De este modo, el pueblo estadounidense ha elegido, consentido y afirmado su apoyo a la opresión israelí de los palestinos, la ocupación y la usurpación de sus tierras (...) El pueblo estadounidense es el que paga los impuestos con que se financian los aviones que nos bombardean en Afganistán, los tanques que golpean y destruyen nuestras casas en Palestina, los ejércitos que ocupan nuestras tierras en el Golfo de Arabia y las flotas que aseguran el bloqueo de Irak (...) Por tanto, el pueblo estadounidense es el que financia los ataques contra nosotros y el que supervisa el gasto de ese dinero del modo en que desean, a través de sus candidatos electos. Alá, el Todopoderoso, ha legislado el permiso y la opción de tomar el desquite. Así, si se nos ataca, tenemos el derecho de atacar. Si alguien destruye nuestros pueblos y ciudades, tenemos el derecho de destruir sus pueblos y ciudades. Si quien sea ha robado nuestra riqueza, entonces tenemos el derecho de destruir su economía. Y si quien sea ha matado a nuestros civiles, entonces tenemos derecho a matar a los suyos.¹⁰

La percepción yihadista de la política occidental se basa en la idea de que existe un acuerdo implícito por parte de estas sociedades, en que se aniquile, se abuse y se expolie al mundo musulmán, ya que ningún gobierno ha visto peligrar su continuidad por la aparición de una crítica popular a estas políticas. La consecuencia, es por tanto, la ausencia de una división entre combatientes y no combatientes; todos ellos son engranajes de una misma maquinaria destinada a perpetuar la injusticia en el mundo:

Los países occidentales están respaldados por sus gentes, las cuales son libres en su decisión. Es cierto que ellos están ampliamente influidos por la

decisión de los medios y sus falseamientos, pero al fin y al cabo ellos depositan sus votos en las elecciones para elegir a los gobernantes que ellos desean, pagan impuestos para financiar sus políticas y eso les hace responsables de cómo es gastado su dinero.¹¹

Si bien el movimiento yihadista ha mostrado una actitud pragmática con respecto a determinadas cuestiones que colisionaban con su discurso (como por ejemplo, el tratamiento que debe aplicarse a los «herejes» shiíes, el papel de la mujer en el yihad, etc.), en lo referente a la oposición a los procesos políticos de base democrática ha mostrado una enorme coherencia. Este principio doctrinal le ha llevado incluso a criticar abiertamente y tratar de deslegitimar a algunas organizaciones cuya naturaleza y fines muestran innumerables puntos de coincidencia con el ideario yihadista. El ejemplo más claro ha sido el de las controvertidas relaciones entre al-Qaida y la organización palestina Hamas, las cuales nos sirven como un claro indicador de la intransigencia yihadista hacia estos procesos políticos.

Palestina ocupa un lugar central en el imaginario yihadista y en las justificaciones que este movimiento esgrime para justificar su ofensiva global, sin embargo, las relaciones entre al-Qaida y Hamas, a pesar de la naturaleza sunní de ambas organizaciones, y de compartir una base doctrinal común basada en el salafismo, sólo pueden calificarse de «tormentosas». La organización de Bin Laden ha adoptado de la palestina su *modus operandi* basado en atentados suicidas y muchas de sus justificaciones teológicas; sin embargo, se ha mostrado incapaz de extender sus redes dentro del territorio palestino, debido a la feroz oposición de Hamas, un grupo que entiende que la vinculación de su lucha con el yihad global de al-Qaida, perjudicaría enormemente su estrategia. Los dirigentes de este grupo palestino no han dudado en tomar distancia de la estrategia «alqaediana», e incluso han llegado a desairar a la organización de Bin Laden. En ese sentido, no sólo han establecido lazos con el considerado por el yihadismo el «perverso enemigo shií»: el régimen de Irán y la milicia terrorista Hizbullah; sino que también han potenciado la vertiente de reafirmación nacionalista de su enfrentamiento con Israel, llegando incluso a condenar públicamente algunos de los atentados de la red de Bin Laden. Así, por ejemplo, con respecto a los atentados en la ciudad saudí de Jobar el 30 de mayo de 2004, contra empleados de empresas petrolíferas occidentales, Hamas publicaba en su página web oficial:¹²

El Movimiento de Resistencia Islámica Hamas declara su severa condena y su pesar por el ataque criminal que ocurrió ayer noche en uno de los complejos de edificios en la ciudad de Jobar en el reino hermano de Arabia Saudí, el cual ha causado la muerte de docenas de civiles y gente inocente. Mientras que nosotros rechazamos este tipo de ataques, deseamos hacer hincapié en que dañan la seguridad y la paz de nuestros países, y los intereses islámicos y nacionales.

Al-Qaida ha soportado con más o menos resignación estos desplantes. A pesar de la opinión de los líderes yihadistas sobre lo errado de la estrategia de Hamas, estos no han tenido otra opción debido al prestigio de la organización palestina entre la base social de apoyo al islamismo violento, junto a la aspiración de Bin Laden de aparcarse las discrepancias entre fuerzas islámicas hasta que hallan sido derrotados los principales enemigos de la *umma*. A falta de una infraestructura propia en los territorios palestinos, Hamas es el ente que más se asemeja a lo que según al-Qaida debe ser la lucha islámica contra el «enemigo sionista». Otros antagonistas del estado judío, como los estados vecinos, Hizbullah, o la secular al-Fatah, no encarnan la verdadera lucha islámica, puesto que entran en la categoría de apóstatas y herejes que deben ser igualmente combatidos.

A pesar de este historial de desencuentros, la decisión de Hamas de presentarse a las elecciones legislativas en Palestina y los posteriores acuerdos de gobierno con los nacionalistas de al-Fatah, provocaron la ira de al-Qaida, que por primera vez abandonó el perfil bajo de sus críticas y decidió cargar públicamente contra este movimiento islámico, por lo que consideraba era una traición. El 11 de marzo de 2007, el brazo mediático de al-Qaida, al-Sahab, difundía en internet un vídeo protagonizado por el número dos de la organización Achman al-Zawahiri. El egipcio criticaba severamente a Hamas por firmar los llamados «Acuerdos de la Meca», los cuales demostraban no sólo una «pérdida de liderazgo», sino que también evidenciaban que el movimiento islámico se había «hundido en el pantano de la rendición». Según al-Qaida, Hamas con su última acción, había abandonado la *sharia* con «el único propósito de hacerse con la tercera parte de los asientos de un ridículo gobierno»:

Ellos abandonaron el movimiento de resistencia y abrazaron al gobierno de la negociación; abandonaron el movimiento de operaciones de martirio y abrazaron al gobierno del respeto a las resoluciones internacionales (...) abandonaron el movimiento de penetrar las aglomeraciones enemigas con

explosivos y aceptaron el gobierno del juego de palabras en los pasillos de los palacios.

El audio finalizaba con un mensaje al conjunto de la nación islámica, declarando que tales acuerdos eran resultado de esparcir mundialmente la democracia secular, y de las elecciones celebradas a la sombra de la ocupación y las constituciones seculares. Por tanto, los musulmanes de todo el mundo debían rechazar las normas de Occidente y especialmente de Naciones Unidas que «*entregó Palestina a los judíos...*» y los llama a emprender el yihad hasta que todas las tierras islámicas, desde al-Andalus a Irak, sean liberadas y el califato sea restaurado.

Tras la adopción de esos acuerdos, los líderes de al-Qaida han denunciado públicamente lo que consideran una gravísima desviación de los líderes de *Hamas*, hasta el punto de hacer llamamientos a los miembros de su brazo armado para que abandonen a sus jefes y retomen la «metodología del yihad en el campo de batalla».¹³ Al-Qaida ha mantenido públicamente esta hostilidad, hasta que Hamas llevó a cabo un nuevo movimiento que se alejaba completamente de su anterior estrategia progresiva, volcándose abiertamente en la vía revolucionaria y violenta, tal y como preconiza la ideología yihadista. De hecho el enfrentamiento armado de esta milicia palestina con al-Fatah y la toma de control en la franja de Gaza en junio de 2007, ha proporcionado a esta organización, según el prisma de al-Qaida, un manto de legitimidad, hasta el punto de que el propio Achman al-Zawahiri llegó a declarar en un nuevo comunicado¹⁴ que «una victoria de Hamas es la victoria de Palestina». Según él, la toma de control sobre este territorio no era un objetivo en sí mismo, sino un medio para implantar la sharía, y con ella la voluntad de Alá en la Tierra.

El influjo yihadista en el Magreb

A pesar de las antiguas y frecuentes erupciones de violencia islamista en la región del Magreb, el inicio de la actividad de los grupos propiamente yihadistas en esta región, se puede situar en la década de los ochenta con motivo del envío de voluntarios *muyahidin* a Afganistán con el objeto de derrotar la invasión soviética de este país. La región aportó un considerable número de combatientes, que no sólo adquirirían experiencia de combate, sino que tras su paso por los campos

de entrenamiento afganos, tejieron un tupida red de contactos internacionales y se imbuyeron del ideario del yihad global, regresando tiempo después a sus países de origen con el propósito de abrir un nuevo frente interno que culminase con la islamización de estas sociedades. De hecho, se calcula que, sólo de nacionalidad argelina, regresaron de Pakistán entre 1987 y 1993, entre 1000 y 1500 combatientes profundamente ideologizados (Kohlmann, 2007). Esta generación de *muyahidin* constituyó el brazo de la futura violencia yihadista en la región.

A pesar de los numerosos puntos de coincidencia doctrinal, la militancia común de algunos individuos, y la convergencia de objetivos con otras organizaciones islamistas, el primer grupo magrebí que asumió los objetivos del yihad global defendido por al-Qaida fue el denominado Grupo Salafista para la Predicación y el Combate (GSPC), al que siguieron en la década de los noventa otros, como el Grupo Islámico Combatiente Marroquí (GICM), El Grupo Islámico Combatiente Libio (LIFG), y el Grupo Combatiente Tunecino (TCG). El GSPC se constituyó en 1996 auspiciado por el propio Bin Laden, como una escisión del Grupo Islámico Armado (GIA) debido a su falta de apoyo social en Argelia y en el ámbito internacional. El GIA había emprendido una cruel campaña de matanzas y asesinatos indiscriminados entre la población civil, a la cual consideraba sumida en un estado generalizado de pecado e incredulidad por no apoyar activamente la instauración del estado islámico que perseguía el grupo. El GSPC compartía con su precursor los objetivos, pero no la metodología, ya que ha preferido concentrar sus ataques en funcionarios, miembros de las fuerzas de seguridad y del gobierno (Echeverría, 2004). El objetivo buscado era «presentar una mejor imagen del yihad» tras los excesos cometidos por el GIA, lo que había provocado su aislamiento de la base de apoyo social y la desafección de incluso algunos islamistas de la línea más dura. Desde su inicio, el GSPC se declaró «una organización militar, que sigue el credo y la ideología yihadista, luchando en el yihad contra el régimen argelino, el cual ha abandonado el islam y sus maestros ante judíos y cristianos, para restaurar así el correctamente guiado califato, implantar la sharía y eliminar la opresión y la humillación de nuestros hermanos oprimidos». Su visión no estaba reducida a un ámbito regional, sino que ensalzaba «la importancia que para nosotros tiene esparcir la fragancia del yihad en cada país y cada región, prendiendo las llamas bajo los pies de los judíos, cristianos y apóstatas».¹⁵

A pesar del deseo de este grupo de volver a ganar el favor de la población hacia los objetivos del yihad global, no existía ningún tipo de

pragmatismo político dentro de su estrategia de acceso al poder. Este grupo heredó del GIA y de la propia al-Qaida su intransigencia hacia los regímenes gobernantes y las formas políticas no islamistas. Por tanto, la consecución de sus objetivos, a pesar de las limitaciones de las técnicas terroristas para doblegar por el mero uso de la violencia al aparato estatal, sólo se acepta a través de una derrota militar completa y sin concesiones:

El Grupo Salafista para la Predicación y el Combate está combatiendo al régimen en Argelia debido a su incredulidad y apostasía (...) Combatir a los apostatas tiene como precedente el combate contra los primeros infieles; el castigo de los apóstatas es más riguroso que el de los primeros infieles, en este mundo y en el de más allá. No se deben firmar pactos con estos gobernantes; no se le debe dar seguridad; no debe haber ninguna conciliación con ellos, y no debe haber ninguna tregua con ellos. Aceptaremos de ellos el arrepentimiento o la espada...¹⁶

La visión suprarregional de sus objetivos se aprecia en el modo en que esta organización ha extendido sus redes por toda Europa, donde no sólo ha llevado a cabo labores de financiación, reclutamiento y obtención de armas, sino que también ha utilizado el continente para llevar a cabo diversos atentados, como vía para reforzar los objetivos del grupo en Argelia (Daly, 2004). De hecho, los miembros del GSPC han anudado numerosos lazos con miembros de otras organizaciones terroristas, simultaneando su condición de miembros del grupo salafista con la participación en ataques con militantes de otras redes o grupos del movimiento yihadista. En 2003, el grupo declaró expresamente su alianza con la organización de Bin Laden, iniciándose un proceso de confluencia ideológica y operativa con al-Qaida cuya culminación se produciría el 11 de septiembre de 2006, cuando en un comunicado en vídeo, el egipcio Achman al-Zawahiri reconocía que el GSPC se había unido a las filas de al-Qaida, algo que confirmó su propio líder días más tarde (Paz, 2006). Una vez que el grupo obtuvo la autorización expresa del propio Bin Laden, en enero de 2007 modificó su nombre, pasando a denominarse al-Qaida en la Tierra del Magreb Islámico, nombre que evidencia unas aspiraciones que van más allá del ámbito argelino. De hecho, con anterioridad a la adopción de esta «nueva marca» existían numerosas evidencias sobre sus crecientes vínculos con otros grupos yihadistas en Marruecos, Libia, Túnez, Mauritania, Chad y Nigeria. Con esta adhesión, al-Qaida no sólo salía reforzada con la unión de uno de los más poderosos grupos terroristas existentes, sino

que conseguía asentar definitivamente su influjo y sus planes para la región.

Durante estos años han tenido lugar en la región numerosos sucesos políticos de gran calado, frente a los cuales la facción de al-Qaida en el Magreb ha seguido fielmente la ortodoxia marcada por su organización matriz. Eso explica, por ejemplo, la actitud que mantuvo el GSPC con respecto a algunas de las iniciativas políticas del presidente argelino Abdelaziz Buteflika. Tras el inicio de su mandato en 1999, este gobernante puso en marcha varias leyes parciales de amnistía con objeto de cerrar definitivamente el turbulento período de guerra civil en el país. Se trataba de un conjunto de medidas que supusieron la reinserción de miles de terroristas y combatientes de los años noventa. El presidente argelino se embarcó en una nueva iniciativa llamada Carta por la Paz y la Reconciliación Nacional aprobada en referéndum el 29 de septiembre de 2005. Una medida que fue fuertemente criticada en círculos cívicos por su extrema generosidad con los terroristas; algo especialmente preocupante en un momento en el que el terrorismo comenzaba de nuevo a ocupar posiciones centrales entre las preocupaciones de los ciudadanos y que era también vista con recelo fuera de Argelia, en un contexto de recrudescimiento de la amenaza yihadista a escala mundial (Echeverría, 2007). A pesar de la alarma que esta medida generó entre algunos sectores, el GSPC no varió un ápice su postura de enfrentamiento total contra cualquier acto proveniente del gobierno argelino. Para ello, no sólo reforzó su disciplina interna para frenar cualquier intento aislado de desertión, sino que también inició una nueva campaña de atentados contra el ejército y las fuerzas de seguridad, al tiempo que ponía en marcha una nueva ofensiva propagandística para tratar de deslegitimar desde una perspectiva islámica la polémica Carta.

A mediados de octubre de 2005, el todavía denominado GSPC, difundía a través de varios canales el quinto número de su revista propagandística *al-Jama'a*.¹⁷ El ejemplar tenía casi como tema único el Plan Nacional de Reconciliación, y a tal propósito dedicó un buen número de artículos que trataban de argumentar por qué había que oponerse a esta nueva iniciativa del gobierno. El análisis de este documento de más de cincuenta páginas confirma nuevamente la intransigencia de esta organización ante cualquier tipo de proceso político de base popular. Así por ejemplo, el número se abre con una cita tomada del libro *Guerreros bajo el estandarte del Profeta* escrito en 2001 por el líder e ideólogo de al-Qaida Achman al-Zawahiri, que sirve de síntesis y adelanto de la argumentación que encontraremos en sus páginas:

Si yo muero como un mártir defendiendo el islam, mi hijo Mohamed me vengará. Si yo me convierto en un político implicado con el gobierno en la busca de soluciones parciales, ¿que motivará a mi hijo para que tome el arma que yo vendí en el mercado de las negociaciones?

La pieza más significativa de esta publicación es el artículo escrito por el líder del grupo Abu Musab Abdul Wadud titulado: «No hay paz sin el islam». En él iguala el plan de reconciliación con la antigua práctica del regateo que los no creyentes intentaban con los primeros seguidores de Muhammad. Esta nueva iniciativa es vista como un nuevo intento por derrotar a los *muyahidin* mediante el engaño, una vez que han fallado los intentos por derrotarlos con las armas. Sin embargo, la parte más significativa es la que criminaliza a los posibles votantes de este referéndum, igualando el acto de votar al acto de declarar la guerra al islam:

Esta votación es un gasto del tiempo y el dinero de este pueblo. Lo que necesita Argelia no es un tratado de Paz y Reconciliación, lo que necesita es un tratado de islam. (...) Vuestra participación en esta votación incrementará la arrogancia de estos criminales, animándolos a continuar con sus ataques, su opresión, y agresiones. (...) Cualquiera que participe en esto, estará participando en el crimen; si tú participas en esta votación, estarás abandonando el pueblo de la verdad para unirte al pueblo de la falsedad, si tú consientes esta votación, te habrás unido a la guerra contra el islam.

Esta misma línea de argumentación fue posteriormente desarrollada igualmente por Wadud con motivo de unas nuevas elecciones legislativas en Argelia. El 15 de mayo de 2007, aparecía en internet un nuevo escrito¹⁸ de este emir de al-Qaida. En él denominaba al parlamento una «insignificante institución parasitaria» cuya finalidad era representar al gobierno, no al pueblo argelino. Entre los pecados de esta institución se encontraba su silencio ante la progresiva alianza del país con dos de los más acérrimos enemigos del islam: Francia y Estados Unidos. Sin embargo, la principal crítica gira de nuevo sobre la perspectiva yihadista sobre donde se halla la legitimidad del poder, y el carácter pecaminoso e «importado» de cualquier institución representativa:

Nuestro país no necesita a nadie para promulgar leyes sobre lo que está permitido y prohibido. En lugar de eso, está en la necesidad de alguien que aplique lo que Alá ha prescrito. (...) Argelia no necesita de las experiencias, códigos de leyes, teorías y filosofías infieles» (...) Si tu participas en las elecciones, votas por impedir la sharía... y por dar prioridad a la las le-

yes infieles. Si buscas una opinión sincera entre los estudiosos de la religión acerca de estos consejos legislativos o parlamentos, estos te dirán que el islam no legitima estas instituciones (...) ya que sólo Alá tiene el poder y la autoridad, no la nación.

Wadud concluía su mensaje llamando a la población argelina a que resistiese la «engañosa campaña mediática» y que boicotease las próximas elecciones absteniéndose de participar en ellas.

La democratización del Magreb como política antiterrorista

La historia general del terrorismo (Jordán, 2004; Laqueur, 2003; Wilkinson, 2002) nos muestra que este tipo de organizaciones han florecido y han alcanzado un mayor nivel de letalidad dentro de regímenes políticos democráticos, o al menos con un amplio margen de respeto hacia los derechos y libertades ciudadanas. Los límites y garantías que estos regímenes imponen al poder político producen la paradoja de que precisamente en estos sistemas es donde el terrorismo es capaz de encontrar en entorno que facilita su continuidad, y garantiza su indispensable acceso al espacio público a través de los medios de comunicación. Numerosos estudiosos del terrorismo han reflexionado sobre las ventajas y debilidad de los autoritarismos y las democracias a la hora de combatir el fenómeno terrorista. De los primeros, se ha señalado que estos se encuentran en condiciones de tomar cualquier tipo de medida represora contra los terroristas, incluso si esto implica una acción indiscriminada contra la propia población, que terminará alcanzando a los terroristas por mero cálculo de probabilidades. Su capacidad de silenciar el mensaje terrorista a través de la censura y el control de los medios de comunicación, junto a su capacidad para extender la coacción contra el entorno social de apoyo al terrorista, convierte a los regímenes dictatoriales en un temible enemigo para cualquier organización de aquel tipo. Entre las debilidades de estos sistemas se encuentra el hecho de que gran parte de la fundamentación de su poder, y por extensión de su legitimidad, se halla en su capacidad para monopolizar la violencia dentro de su territorio. De ese modo, si estos grupos son capaces de prevalecer frente a la ofensiva estatal, las bases sobre las cuales se asienta el poder pueden verse socavadas, ya que no es capaz de garantizar una de las funciones básicas del Estado, aumentando de esa manera las probabilidades de que el grupo pueda conse-

guir sus objetivos. Sin embargo, esto constituye una de las principales ventajas de los regímenes democráticos, que si bien son mucho más vulnerables a las acciones terroristas, soportan con mayor eficacia sus embestidas, ya que la legitimación del poder no se basa fundamentalmente en su capacidad para mantener el orden público. En ese sentido, es mucho más probable que una democracia resista una prolongada campaña de violencia terrorista.

Extender este esquema a la región del Magreb no resulta fácil, ya que la complejidad de su realidad política e histórica no se adapta a ninguno de dos modelos «ideales» de dictadura y democracia. Por un lado, el poder político se ha fundamentado en otras fuentes (como la religión, la legitimidad dinástica, o los réditos de la lucha anticolonial) que van más allá del mero control sobre el territorio y la población, lo que ha permitido la continuidad de estos regímenes a pesar de la existencia de prolongadas y crueles campañas terroristas. Por otro lado, la efectividad represora de estos regímenes tampoco ha sido la esperada de un sistema dictatorial, por lo que puede percibirse que la élite gobernante, si bien ha tenido la suficiente capacidad coactiva como para mantenerse en el poder, para atajar con eficacia a un adversario asimétrico. En ese sentido, nos hallamos ante estados faltos de libertades, aunque débiles, lo que hace que arrastren muchas de las vulnerabilidades de las democracias sin apenas ninguna de sus fortalezas. Una realidad que no sólo ha facilitado la aparición de organizaciones terroristas, sino que estas se hayan convertido, como en el caso argelino, en males casi endémicos.

No obstante, en el Magreb no todo son ventajas para los grupos terroristas que operan en la zona. Desde hace aproximadamente dos décadas, la región inició un proceso de modernización y democratización política (Desrues, 2006, 2007 y 2008; López, 2000a, 2000b y 2005; Montabes, 1999; Montabes y Parejo 1999; Montabes y Parejo, 2003; Montabes, Parejo y Szmolka, 2003; Ojeda, 2004; Parejo, 1997: C. III, 1999a, 1999b, 2004; y Szmolka, 2005, 2006 y 2007) que, aunque lento y sometido a continuos sobresaltos y contradicciones, no ha cesado de avanzar hacia un sistema abierto a una mayor participación popular. Sus clases dirigentes, con más o menos sinceridad, se han visto seducidas por la retórica democrática occidental, y en esa dirección han apuntado las reformas políticas emprendidas en estos países, con objeto de alcanzar de equiparar y dotar de una mayor legitimidad internacional a sus regímenes. Esto supone un importante revés para los grupos yihadistas de la zona. La intransigencia con que abordan cualquier

tipo de sistema político basado en la participación popular les hace oponerse a cualquiera que esté dispuesto a implicarse en el sistema, aunque ello les suponga romper lazos con potenciales aliados, como aquellos movimientos islamistas que perciben las elecciones como una oportunidad táctica para avanzar en sus objetivos.

Por otro lado, el triunfo de este tipo de reformas aísla aún más a los grupos yihadistas de su potencial base de apoyo. El terrorismo yihadista ha florecido en algunos países musulmanes al abrigo, no sólo de una retórica religiosa que apela a conceptos compartidos por toda la población, sino también por su enorme carga de oposición a unos regímenes políticos despóticos e ineficaces. La ausencia de una verdadera participación popular en estos regímenes permite a los yihadistas volcar su crítica hacia las élites gobernantes, dejando de esa manera abierta la posibilidad de que amplias masas de población puedan dar salida a su malestar con la situación política y económica, identificándose con el mensaje antisistema del yihadismo. La ausencia de cualquier cauce de participación política, o de expresión de la opinión pública en estos países, permite a los terroristas mantener la ficción de su representatividad, como «vanguardia armada» de la comunidad de creyentes.

Sin embargo, este proceso a través de cual los yihadistas reivindican para sí la representatividad del malestar de la población musulmana global, se rompe cuando esta es llamada a las urnas. Participar en alguna de estos comicios, supone para la ideología yihadista un pecado equiparable a la apostasía. De ese modo, aquellos musulmanes que acuden a votar, no sólo están ignorando de manera expresa los llamamientos de estos grupos hacia la abstención, sino que se han convertido en parte integrante de un enemigo que debe ser derrotado y aniquilado. Si los grupos yihadistas desean mantener la coherencia con sus postulados ideológicos, se ven abocados a anatemizar al amplísimo conjunto de la población que toma parte en estos procesos electorales, lo que les lleva a iniciar un autodestructivo proceso de aislamiento, como el iniciado por el GIA argelino hasta su total desaparición.

La sucesión de elecciones en el Magreb no conseguirá por sí misma la completa eliminación del problema terrorista en estos países. Aunque estos grupos vayan perdiendo progresivamente apoyo popular, la historia del terrorismo es la historia de los «pequeños números»: estos grupos sólo necesitan de un reducido número de activistas para mantenerse activos y desafiar de manera creíble al poder. Además, el cada vez más evidente desarrollo de unas capacidades comunicativas ciertamente complejas por parte de la rama magrebí de al-Qaida, permitirá a

este grupo ocupar un destacado papel en el debate público, a pesar de la ausencia de un respaldo popular de cierta entidad. Sin embargo, sí que permitirá conjurar gran parte de la peligrosidad estratégica de unas organizaciones, que en última instancia aspiran a encabezar un amplio movimiento de masas que logre la islamización completa y forzosa de la sociedad y las instituciones. En ese sentido, puede afirmarse que la democratización de la región del Magreb resultaría ser una efectiva política antiterrorista. Una cuestión distinta y que merecerá una reflexión específica, es la amenaza a la que tendrá que hacer frente estos países, cuando la apertura política real, de acceso a movimientos político-religiosos que sin creen en los sistemas electivos, contemplan la democracia como un mero instrumento que les permite acceder al poder, para una vez conseguido esto, perpetuarse y arrinconar a los potenciales rivales. En este sentido, el eslogan electoral utilizado en los años noventa por el Frente Islámico de Salvación argelino resulta de una franqueza aterradora: «*Un hombre, un voto, y una sola vez*».

Notas

1. Para un análisis en profundidad de estos procesos, recomendamos los restantes capítulos de este libro.
2. En este trabajo, entendemos el salafismo en un sentido amplio, como un movimiento actual de renovación religiosa iniciado en el siglo XVIII (al igual que el *wahabismo* y otros movimientos revivalistas sunníes) y ampliado posteriormente con el reformismo del siglo XIX, y que hoy día es posible detectar doctrinalmente en realidades tan diversas como la organización Hermanos Musulmanes, el movimiento *Tabligh* y los predicadores *wahabitas* de Arabia Saudí. No obstante, no es fácil describir este concepto y para un estudio más detallado del mismo recomendamos: Y. M. Choueiri, *Islamic Fundamentalism*, Pinter, London & Washington, 1997; Q. Wiktorowicz, «The New Global Threat: Transnational Salafis and Jihad», *Middle East Policy*, vol. 8, n.º 4, December 2001, pp. 18-38.
3. Comunicado de Osama Bin Laden: «A la *umma* islámica en el primer aniversario de la nueva cruzada americana», 12 de octubre de 2002.
4. Mensaje sonoro del fundador y líder hasta su muerte del grupo terrorista iraquí *Monoteísmo y Yihad* (posteriormente: al-Qaida en la tierra de los Dos Ríos): Abu Musab Al Zarqawi. Difundido en internet el 7 de enero de 2004.
5. Entrevista de Taysir Allouni a Osama Bin Laden para la cadena *Al Jazeera* el 21 de octubre de 2001.
6. Según el destacado miembro de al-Qaida Abu Hafis «el mauritano»: «Apoyo a los talibanes por varias razones. La primera, porque apoyarlos es apoyar a la verdad. Nosotros somos musulmanes, y predicamos la verdad (...) No estoy exagerando si digo que hoy día no hay un régimen sobre la faz de la Tierra que gobierne de acuerdo con el islam de manera absoluta, excepto el Emirato Islámico gobernado por los talibán.» Entrevista difundida por *Al Jazeera* el 30 de noviembre de 2001.

7. Comunicado de Osama Bin Laden: «Carta abierta al Rey Fahd en respuesta a los últimos cambios ministeriales», difundido en agosto de 1995. Disponible en: <<http://www.jihadunspun.com/articles/05272002-Open.Letter.To.King.Fahd/>> [Accedido en enero de 2006].
8. Artículo del destacado ideólogo yihadista Louis Attiya Allah en la revista propagandística de al-Qaida en Arabia Saudí «La Voz de la Yihad» n.º 6. Difundido en internet en diciembre de 2003.
9. Audio de Abu Musab Al Zarqawi difundido en internet el 23 de enero de 2005. Véase: MEMRI, «Zarqawi and other Islamists to the Iraqi People: Elections and Democracy are Heresy», *Special Dispatch Series*, n.º 856, February 1, 2005. Disponible en: <<http://memri.org/bin/articles.cgi?Page=archives&Area=sd&ID=SP85605>>.
10. Osama Bin Laden: «Carta a América» difundida en internet el 24 de noviembre de 2002.
11. Libro de Ayman al-Zawahiri titulado: «Guerreros bajo el estandarte del Profeta» publicado por capítulos por el periódico londinense en árabe *Al-Sharq al-Awsat*, 12 de diciembre de 2001.
12. Paz, R. «Hamas Vs. Al-Qaeda: The Condemnation of the Khobar attack», *PRISM Special Dispatches*, vol. 2, n.º 3, June 2, 2004. Disponible en: <http://www.e-prism.org/images/PRISM_Special_dispatch_no_3-2.pdf>.
13. Comunicado del destacado miembro de al-Qaida Abu Yahya al-Libi, difundido en febrero de 2007. Véase: Scheuer, M., «Abu Yahya al-Libi: Al-Qaeda's Theological Enforcer - Part 1», *Terrorism Focus*, vol. IV, n.º 25, July 31, 2007. Disponible en: <<http://www.jamestown.org/terrorism/news/article.php?articleid=2373586>>.
14. Video propagandístico titulado «Cuarenta años desde la caída de Jerusalén» difundido en internet el 25 de junio de 2007. Véase: <<http://siteinstitute.org/bin/articles.cgi?ID=publications297507&Category=publications&Subcategory=0>>.
15. Entrevista con el jefe del brazo mediático del GSPC en la revista *Al-Faath*, vol. 1, n.º 1, diciembre de 2004. Citado en Kohlmann (2007, p. 12).
16. Entrevista al líder del GSPC Nabil Sahrawi en el diario *Al Hayat*, el 9 de enero de 2004.
17. Site Institute, «The Fifth Issue of al-Jama'a, a Periodic Magazine Devoted to Issues of the Algerian Jihad by the Salafist Group for Call and Combat (GSPC)», *Site Publications*, November 1, 2005. Disponible en: <<http://siteinstitute.org/bin/articles.cgi?ID=publications114105&Category=publications&Subcategory=0>>.
18. Memri, «Emir of Al-Qaeda in the Islamic Maghreb Calls On Algerians to Boycott May 17 Elections», *Islamist Websites Monitor* n.º 101, May 17, 2007. Disponible en: <<http://memri.org/bin/articles.cgi?Page=archives&Area=sd&ID=SP158807>>.

Bibliografía

- Burgat, F., *El islamismo cara a cara*, Edicions Bellaterra, Barcelona, 1996.
- Choueiri, Y. M., *Islamic Fundamentalism*, Pinter, Londres & Washington, 1997.
- Daly, S., «The Algerian Salafist Group for Call and Combat: A Dossier», *Terrorism Monitor*, vol. III, n.º 5, 10 marzo 2004. Disponible en: <<http://www.jamestown.org/terrorism/news/article.php?articleid=2369399>>.

- Desrues, T., «Maroc. Chronique politique 2004: de la monarchie exécutive ou les apories de la rente géostratégique», *L'Année du Maghreb 2004*, 2006, pp. 243-273.
- , «Maroc. Chronique politique 2005: Entre État de droit et droit de l'État, la difficile émergence de l'espace public au Maroc», *L'Année du Maghreb 2005-2006*, 2007, pp. 263-292.
- , «Maroc. Chronique politique 2006: L'emprise de la monarchie marocaine entre fin du droit d'inventaire et déploiement de la «technocratie palatiale», *L'Année du Maghreb 2007*, 2008, pp. 231-274.
- Echeverría J. C., «La amenaza del activismo terrorista del Grupo Salafista para la Predicación y el Combate (GSPC) argelino», *Análisis del Real Instituto Elcano*, ARI n.º 20/2007, 13 de febrero de 2007. Disponible en: <http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/Elcano_es/Zonas_es/Mediterraneo+y+Mundo+Arabe/ARI+20-2007>.
- , «Radical Islam in the Maghreb», *Orbis*, primavera de 2004.
- Jordán, J. (coord.), *Los orígenes del terror. Indagando en las causas del terrorismo*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2004.
- , *Profetas del miedo*, Eunsa, Pamplona, 2004.
- Khalil, L., «Al-Qaeda & the Muslim Brotherhood: United by Strategy, Divided by Tactics», *Terrorism Monitor*, vol. 4, n.º 6, March 23, 2006. Disponible en: <<http://www.jamestown.org/terrorism/news/article.php?articleid=2369939>>.
- Kohlmann, Evan F., «Two Decades of Jihad in Algeria: the GIA, the GSPC, and Al-Qaida», <www.nefafoundation.org>, May 2007. Disponible en: <<http://www.nefafoundation.org/miscellaneous/nefagspc0507.pdf>>.
- Laqueur, W., *Una historia del terrorismo*, Paidós, Barcelona, 2003.
- Lewis, B., *El lenguaje político del Islam*, Taurus, Madrid, 2004.
- López, B., *Marruecos político. Cuarenta años de procesos electorales (1960-2000)*, CIS, Madrid, 2000a.
- , «Marruecos, singularidad de una relación histórica. El Marruecos de Mohamed VI», en *Magreb: percepción española de la estabilidad en el Mediterráneo, prospectiva hacia el año 2010*, Instituto Español de Estudios Estratégicos, Ministerio de Defensa, Madrid, 2000b.
- , «Marruecos virtual: reflexiones sobre las elecciones de 2002 a la luz de la historia electoral», en Messasoudi Amina y Vintró Joan, coords., *Elecciones, partidos y gobierno en Marruecos*, Tirant lo blanch, Valencia, 2005.
- Montabes, J., *Las otras elecciones. Los procesos y los sistemas electorales en el Magreb*, Agencia Española de Cooperación Internacional, Madrid, 1999.
- Montabes, J. y M.ª A. Parejo, «Morocco», en D. Nohlen, M. Krennerich y B. Thibaut (eds.), *Elections in Africa. A Data Handbook*, Oxford University Press, Nueva York, 1999.
- , «Los procesos electorales como elemento democratizador en el Magreb: liberalización y reformas políticas», *Revista Española de Ciencia Política*, n.º 9, 2003, pp. 145-164.
- Montabes, J., M.ª A. Parejo e I. Szmolka, «La transitada transición: continuidades y cambio en la política marroquí», *Economía Exterior*, n.º 24, primavera de 2003.
- Ojeda, R., *Políticas de distribución territorial del poder en Marruecos. El proceso de descentralización comunal*, Comares, Granada, 2004.

- Parejo, M.^a A., *Las élites políticas marroquíes: los parlamentarios (1977-1993)*, tesis doctoral del Departamento de Ciencia Política, Universidad de Granada, 1997.
- , *Las élites políticas marroquíes: los parlamentarios (1977-1993)*, Madrid, Agencia Española de Cooperación Internacional, AECI, Madrid, 1999a.
- , «El proceso electoral como indicador privilegiado de la transición tutelada en Marruecos», *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebráicos*, 48, 1999b, pp. 271-296.
- , «Principio y fin de siglo en clave política: alternancia, sucesión e islamismo político en Marruecos», en C. Pérez Beltrán, *Mundo Árabe e Islámico ante los retos del futuro*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada, Granada, 2004.
- Paz, R., «Hamás Vs. Al-Qaeda: The Condemnation of the Khobar attack», *PRISM Special Dispatches*, vol. 2, n.º 3, June 2, 2004. Disponible en: <http://www.e-prism.org/images/PRISM_Special_dispatch_no_3-2.pdf>.
- «Qa'idat al-Jihad: Moving Forward or Backward? The Algerian GSPC Joins Al-Qaeda», *PRISM Occasional Papers*, vol. 4, n.º 5, September 2006. Disponible en: <http://www.e-prism.org/images/PRISM_no_5_vol_4_-_GSPC.pdf>.
- «Salafi-Jihadi Responses to the Hamas' Electoral Victory», *Current Trends in Islamist Ideology*, vol. 4, November 01, 2006. Disponible en: <http://www.futureofmuslimworld.com/research/pubID.56/pub_detail.asp>.
- Rubin, B. y J. Rubin, *Anti-American Terrorism and The Middle East*, Oxford University Press, New York, 2002.
- Rubin, B., «Comparing Three Muslim Brotherhoods: Syria, Jordan, Egypt», *MERIA*, vol. 11, n.º 2, June 2007. Disponible en: <<http://meria.idc.ac.il/journal/2007/issue2/jv11no2a8.html>>.
- Scheuer, M., «Abu Yahya al-Libi: Al-Qaeda's Theological Enforcer - Part 1», *Terrorism Focus*, vol. IV, n.º 25, July 31, 2007. Disponible en: <<http://www.jamestown.org/terrorism/news/article.php?articleid=2373586>>.
- Szmulka, I., «Los procesos electorales como indicador de la democratización del sistema político marroquí: su imagen en la prensa española», *Awraq*, 22, 2005, pp. 351-391.
- , «Procesos electorales en sistemas autoritarios: el caso de Argelia», *Revista de Estudios Políticos*, n.º 133, julio-septiembre 2006, pp. 169-194.
- , *Marruecos 1984-1999. Dinámicas políticas internas y su representación en el diario El País*, CIS, Madrid, 2007.
- Wiktorowicz, Q., «The New Global Threat: Transnational Salafis and Jihad», *Middle East Policy*, vol. 8, n.º 4, December 2001, pp. 18-38.
- Wilkinson, P., *Terrorism versus democracy. The Liberal State Response*, Frank Cass, London, 2002.